

Folentius traicionó.

En México no hay opinión pública: los que opinan en materia de gobierno son los mismos gobernantes ó los aspirantes a serlo. ¿Contaban éstos con la fuerza suficiente para derrocarme? Evidentemente que no: su triunfo nació de la defección, que no de la oposición. Y todavía, si al Sr. Iglesias no hubiera mordido la serpiente del orrando, de hecho que la gran rebelión se hubiera desbaratado como tela de araña en la punta de una escoba.

---

54  
Facilis descendus Averno.

- X V -  
Se ha dicho tanto sobre la inflexibilidad de mi carácter, que á veces yo mismo me desconozco: tal es el número de consejos tejidos bajo ese secundo terra. Describenme unos con la ferocidad de Mr. Thiers; bosquejanme otros con los tonos sombríos de un Felipe II de gorro frigio; pintanme la mayor parte como un ser inclemente y rencoroso que instigara la ejecución del Archiduque Maximiliano. Desgraciadamente para la prosia, todo eso no es más de un vicio de imaginación, violencia propia de la raza latina, y que en México se reagrava por lo ardoroso del clima. Un pintor mexicano de talento que murió muy joven Manuel Ocaranza trazó en del lienzo una bella fan-



taría que dió pábullo en el vulgo  
á un mito histórico. Representa  
el cuadro una entrevista de la Princesa  
de Salm Salm con Sr. Benito Juárez. La  
hermosa princesa aparece de rodillas  
implorando por la vida de Maximiliano,  
con ese dolor de voluptuosa Magdalena  
al través de cuyas lágrimas se  
prometen besos. El Sr. Juárez, de  
pie, vacila como San Antonio ante  
aquella poderosa tentación; pero allá  
en el fondo, agitando nerviosamente  
la cintura roja y asomando la  
cabeza, aparece yo, mirando á la  
Princesa como Mefistófeles á la  
Cruz..... El Presidente, que va  
á sucumbir, me distingue, se  
repono y rechaza á aquel ángel  
que lo envolvo ya en sus alas  
como la araña al insecto.....  
'Oh poder de la imaginación!  
' qué de mentiras se cometen en tu

nombre!

La Salm Salm no tenía nada  
de romántica; americana por nacimiento  
y educación, de rara anglo-sajona,  
fría y positiva, no podía amar al  
pobre bardo de los ojos azules que  
murió en Querétaro. Dos veces estuvo en  
San Luis á ver al Sr. Juárez; pero  
esas visitas inesperadas debieronse á  
la amabilidad del Gral. Díaz, que  
queriéndose quitar de encima á la  
Princesa, no encontró mejor medio  
que enviársela á S. Luis, ase-  
gurándole que Juárez perdonaría  
al Archiduque. Pero como no hay  
acto del Sr. Díaz, por insignificante  
que sea, que no se distinga por  
su duplicidad, daba á la desgra-  
ciada Princesa las Cartas de Ustias.  
Como ella no hablaba más que el



alemán e inglés, se dirigía en esta última lengua al Presidente, sirviéndole de intérprete el Sr. D. José M.ª Yglesias. Estas entrevistas nada tuvieron de dramáticas: la cara del Sr. Juárez era una máscara impassible que no convidaba a la emoción ni mucho menos a la expansión. ¿No os habéis encontrado alguna vez con esas caras de piedra, inexpressivas como una lámpara apagada?

El espíritu de D. Benito no obedecía a ninguna presión. En esa materia no he conocido un liberal más absolutista que él. Cuando se deliberó en junta de ministros la ejecución del Archiduque, yo opté por la afirmativa; pero, si mi voto hubiera sido por la lenidad, en nada habría modificado la opinión del Sr. Juárez a este respecto. Es preciso no olvidar que el Presidente era oaxaqueño.

+  
x x

Yo inflexible..... Preguntádselo a Cosío Pontones, a Luis Oliver y Ferrán y a otros muchos presos en Santiago Tlaltelolco. En mi Administración no hay una mancha de sangre derramada friamente! La sangre que derramó en Jalisco el Sr. Ceballos, no cae sobre mi cabeza. El asesinato de Donato Guerra débese exclusivamente al Gral. Díaz: la figura de aquel proyectaba mucha sombra en los galones de éste. Donato Guerra fué el más importante factor de la rebelión: su valor, su sencillez y sus antecedentes mismos, identificándole con la masa de los revoltosos, le hacían para lo futuro un rival peligroso del Sr. Díaz. Durante mucho tiempo se creyó que la muerte del Sr. Guerra había sido el acto brutal de un soldado, del Coronel Paulino Machorro; mas, poste-



riormente se halló en la persona de este una carta de puño y letra de don Carmen Curiel y con la firma de don Porfirio, en cuyo original documento se prometía al Sr. Machorro el oro y el barro si suprimía al Gral. Guerra. Infortunadamente para el Coronel Machorro, después de consumado el acto, las lisonjeras promesas se tornaron en amenazas: quedó en la tremenda disyuntiva, ó de guardar silencio devorado la prensa, ó de hacerlo público y rodar abrazado de su cómplice ja un abismo de infamia.

Entiendo que este interesante documento estaba en 1882 en poder del Gral. D. Carlos Mejía, hoy empresario de líneas férreas y muy amigo de los Sres. Díaz y Romero Rubio (1)

(1). Actualmente el Sr. Mejía a que sin duda se refiere el Sr. Lerdo en sus Memorias, es miembro del famoso Congreso panamericano.

Para traer consigo una carta semejante, se necesita haber hecho testamento de antemano; lo más probable es que el Sr. Mejía lo haya quemado con la fuerza que Cortés a sus naves. Recibo en estado de cenizas para que no se pierdan en la historia.....

Me insinuado ya la ineptitud de los militares ferdistas: el Sr. F... que fui en la división de Matamoros un pequeño Macabeo, era por desdicha un tanto de valor. Uno igual en lo tanto sólo puede hallarse en el Gral. Naraujo, con la sencilla diferencia de que éste es corrompido y F. tiene un fondo de bonhomie que lo hace muy estimable. Decía Juan José Bar referiéndose a este Señor:

— Es una espada sin hombre.



Quando el Gral. Escobedo se hizo cargo del Ministerio de la Guerra, no solamente era tarde para dommar la revolución, sino el mismo incompetente para afrontarla. Débil, irresoluto, tardío en sus acuerdos, sin grandes simpatías en el Ejército, su presencia en el Ministerio vino a complicar la situación. Las defecciones sucedían a los descalabros. Entonces comprendí que mi gran error había sido el de echarme en brazos de los hombres civiles dando la espalda a los hombres de armas. Juárez lo hizo, pero Juárez fusiló sin piedad. Yo quise consolidar una República de azúcar, una especie de colmena en que todos los ciudadanos vivieran en casas de miel..... En esos últimos meses de gobierno la mayor parte de mis amigos estaban en cama postrados de diarreya fulminante

No concluiré esta página sin

recordar estas palabras de Siegés dirigidas a los 30 miembros que habían votado la disolución del Consejo de los 300.  
— "Señores, queríais Amo y ya lo tenéis. Bonaparte es todo, manda sobre todos y tiene poder de todo".